

zos, y su clan sanguíneo algo cerrado, hasta donde podía ingresar como gran dádiva el hombre de talento, sin olvidar jamás la despectiva limosna de su matrícula, ni el compromiso de corresponder con servicios útiles. Concepto que en la realidad social de Chile sólo existe en algunas cabezas arcaicas y que mil ejemplos opuestos, de ayer y de hoy, desmienten en forma rotunda.

La tercera impresión de este libro es de carácter estético. Su desarrollo literario tiene un regusto fiambre, de tinta sobre lápiz, en especial cuando el pimiento cronista pretende describir, pergeñando imágenes históricas con vida propia que resultan descoloridas, rancias y asfixiantes. No hay viveza, ni nervio; sugieren, más bien, el desvencijado fragor de los primeros carromatos de sangre que surcaron la Alameda de las Delicias.

Sólo podría concederse al anónimo autor, que acierta cuando hace ensayo, un tipo de ensayo intermedio entre el sermón y la glosa murmurante, pero allí se contradice y aparece aferrado a una concepción histórica falsa, sin perspectivas y valorizada por el exclusivo mérito de su enfático planteamiento y de sus copiosas citas cronológicas.

HISTORIA DE CHILE.

El séptimo tomo de la «Historia de Chile» de don Francisco Antonio Encina, que recién entrega al público la Editorial Nascimento, tiene una característica principal; su extraordinario espíritu de justicia. A tal extremo que el lector atento olvida el libro sobre Portales, debido a la pluma del mismo autor, en cuyo texto se hace descender a nuestro firme estadista criollo de la prosapia de César Borgia en persona.

En cambio, a través del tomo que mencionamos, el afán de ser justo, cronométricamente preciso, y psicológicamente juicioso, va diseñando zonas de real perspectiva humana que, a veces y a causa de esta misma parcelación del trabajo, dejan al

lector ansioso de una encarnadura total que conduciría, estando bien lograda, al límite de la historia con la novela.

El señor Encina construye láminas anatómicas de ejemplar colorido, pero que nunca pierden su condición de tales, exhibiendo una cuasi vida que no satisface plenamente el ánimo del lector sencillo.

Además, en medio de tan severo armazón dialéctico, se deslizan planteamientos extraños que desorientan a quien ha leído la obra con singular respeto. Entre ellos, mencionaremos aquel que pretende afirmar la abulia de O'Higgins en materia política, basándola en su anhelo de no ser más que un campesino y derivando a la conclusión de que fueron las circunstancias históricas las que forjaron al prócer y no el prócer el que buscó con tesón inquebrantable, el forjamiento de las situaciones históricas. Lo mismo puede decirse sobre la influencia del opio en el cerebro de San Martín y sobre la ineptia total de ambos en ciertas momentos de las batallas que dejan la impresión de ser ganadas, gracias a la intervención fortuita de algún oficial salido de las huestes napoleónicas o por casualidad lisa y llana.

Surge en cambio, y tal vez beneficiada con este modo un tanto desordenado de hacer historia que emplea el señor Encina, muy bien definida la figura anárquica de Manuel Rodríguez, el popular guerrillero, opuesta con su nitidez a la desdibujada efigie de don José Miguel Carrera y de los mismos generales españoles que daban materia para una colorida reconstitución.

Este tomo de historia, que va desde la Patria Vieja hasta la Campaña del Biobío y el comienzo de la guerra a muerte, en una extensión de más de seiscientas páginas apretujadas, se lee con gran interés. Influye, sin duda, en este triunfo de la amenidad sobre la monotonía de nuestros historiadores tradicionales, la ausencia de notas innecesarias y la cultura moderna del autor que enfoca a sus héroes sin prejuicios celestiales, en forma altiva y directa, de hombre a hombre, como quien dice.

La pendiente resbaladiza de su método, conduce a las exageraciones que hemos señalado, pero abre al mismo tiempo un horizonte inexplorado de profundo y razonable conocimiento.

Ningún lector podrá olvidar las siluetas, demasiado fugaces, de San Bruno y del guerrillero Benavides, mezcla de verdugo y de fraile combatiente el primero; precursor de los más sanguinarios y cobardes gangsters el segundo. Igual apreciación merece estamparse con respecto a la matanza de prisioneros realistas ocurrida en la ciudad argentina de San Luis y sobre el «Dunkerque» godo acaecido en las playas chilenas.

La coincidencia de todos estos planos de vigoroso contorno, habría determinado una reconstrucción histórica incomparable, más fuerte, probablemente, que la realidad misma y que todas esas ínsulas de su exclusiva propiedad, que nuestros doctos historiadores chilenos han adquirido en el pasado, hasta impregnarse de pasiones y rivalidades de otras épocas.

Hemos recibido las «Aventuras de Pedro Urdemales», libro criollo de Antonio Acevedo Hernández y «Mandrágora, Siglo XX», poesía subrealista de Enrique Gómez-Correa, con bellísimas ilustraciones de Jorge Cáceres.